PIEZAS DE CAZA

Se considera acción de cazar, a los efectos de lo dispuesto en esta Ley, la ejercida por el hombre mediante el uso de artes, armas o medios apropiados para buscar, atraer, perseguir o acosar a los animales definidos como piezas de caza, con el fin de darles muerte, apropiarse de ellos o facilitar su captura por terceros.

Los animales domésticos asilvestrados no tendrán la consideración de piezas de caza. No obstante, podrán ser abatidos o capturados por razones sanitarias, de daños, o de equilibrio ecológico.

JANA

El sendero por el que se han adentrado en el bosque está salpicado de guijarros que se le clavan en las plantas de los pies. Pero Jana no aminora el paso. «Oliver ha desaparecido», murmura para sí, «mi hijo ha desaparecido».

La lluvia arrecia y los chubasqueros empiezan a calar mientras ella se repite: «Oliver está ahí fuera, solo», pero sigue sin poder creer lo que está sucediendo.

Hasta hace apenas unas horas estaba convencida de que el aire puro de la montaña y sus sonidos: el ulular de los búhos, el trino de los herrerillos y las alondras, el murmullo de la corriente del río, incluso el aullido de los lobos al anochecer, todas las cosas que se resisten a ser sumadas o contabilizadas, los estaban salvando a los dos. Oliver incluso parecía haber recuperado parte de la alegría perdida tras el divorcio, ya jugaba de nuevo con los niños de su edad, le prestaba menos atención a los videojuegos, reía más a menudo. Por eso a Jana le cuesta creer que esa misma naturaleza, que los estaba curando, pueda ser la responsable de que a Oliver le pase algo malo.

«No», se dice, «esto no es más que un malentendido, un bache en el camino». Se ve incapaz de volver a su vida anterior, en la que no había más que dolor. Un día se levantaba y le ardía la garganta; cuando remitía, la aquejaba un lumbago; luego la regla; si llovía, la cabeza; si cogía peso, las rodillas. Sorteaba todos esos pequeños males con antiinflamatorios, con paracetamol, con cremas: fisogel, voltarén, traumel, cualquiera que prometiese un rápido restablecimiento. Cuando iban de

viaje llevaba un arsenal y, a diario, en el bolso, tenía como mínimo tres fármacos. Era lo normal, lo que todo el mundo hacía.

Debajo de ese dolor físico había otro, invisible, que las pastillas no podían alcanzar. Pero de eso no había sido consciente hasta que empezó su proceso de descontaminación en La Comunidad. Oliver también padecía ese dolor, por eso se había vuelto tan difícil. Ambos habían estado intoxicados, todas sus células contaminadas por la sociedad putrefacta de la que casi habían conseguido huir. Una súplica se alza en su interior: «Oliver, no, ahora no».

Desde que fueron aceptados en La Comunidad habían renacido, puros, sanados, o al menos eso había creído Jana hasta esa misma mañana. Por ese motivo, le cuesta trabajo aceptar, no solo que el bosque pueda causarle a Oliver mal alguno, sino también que él se haya escapado, como ha insinuado la comisaria cuando han bajado al pueblo a interponer la denuncia.

En la primera parte de la subida han ido peinando toda el área a los lados del sendero, pero, a medida que ascienden, los pinos se van haciendo más frondosos y empiezan a estar tan tupidos que parece de noche.

–¡Encended las linternas! –grita el alguacil, que va a la cabeza de la partida de búsqueda.

Una luz tenue se extiende sobre el camino.

–¡Enfocad a los laterales! –vuelve a ordenar el alguacil.

Los portadores de las luces obedecen, y algunos focos se apartan del camino para alumbrar el bosque.

–¡Oliver! –brama Adler. Su voz retumba contra los árboles y vuelve amplificada.

–¡Oliver! –secundan los agentes y los cazadores que se han colocado a la cabeza, junto al alguacil.

Jana escudriña el claro en el bosque que se abre a su derecha. No hay rastro de su hijo. Lanza un lamento. Adler, que ya es carne de su carne, no se aparta de su lado, la agarra del brazo y tira de ella. Su energía parece renovada, como si la

Ceremonia le hubiera fortalecido. Jana añora estar de vuelta en La Comunidad, con el resto de sus hermanos y hermanas y sobre todo añora a Román, su mirada firme. La alivia que esté en la otra partida de búsqueda, aunque no acaba de entender por qué no ha querido estar con ella, hay cosas de él que aún no llega a comprender.

Tras una curva en el sendero vuelven a toparse con el cauce del río. El agua discurre veloz y ruge sobre las rocas. De tanto en tanto forma cascadas y se torna espumeante y salvaje. En algunos tramos arrastra ramas de árboles, en otros se enturbia, con la tierra removida del fondo.

A Jana no le parece el mismo río en el que se han bañado tantas veces y cuyas aguas purifican la finca de La Comunidad, es como si esta corriente tuviera alma de pronto, como si hablase, y su voz fuera ronca y viniera de un lugar oscuro. Trata de acallar esos pensamientos, no son más que tonterías, supersticiones, es lo que diría el Manco, con sus manos llenas de cortes del sedal y sus ojos líquidos.

Del otro lado el monte se extiende frondoso, azul. A medida que van ascendiendo, los castaños dan paso a los robles, luego a los pinos, y el paisaje se convierte en un tapiz lleno de matices. El camino se difumina, comido por los helechos que crecen a los lados. El cuerpo de Jana empieza a entumecerse por el frío. La cazadora de cuero, la única prenda de abrigo que tiene aparte de su ropa de La Comunidad, es muy fina, y empieza a empaparse bajo el chubasquero.

Uno de los cazadores, un hombre alto, con pelo rubio y con ropa de camuflaje, retrocede hasta su altura:

–Nos conocemos este monte como la palma de la mano. No se preocupe –dice–, Oliver aparecerá.

Jana lo mira y, por toda respuesta, esboza una sonrisa. Su presencia la incomoda. Todos los que no forman parte de La Comunidad están contaminados, y le producen rechazo. El vello se le eriza bajo la ropa húmeda. Es verdad que, desde

que se han enterado de la desaparición, no solo los vecinos, sino también los de la partida de caza y los animalistas se han volcado en ayudarlos, pero estar cerca de ellos, de sus cuerpos tóxicos, le produce repulsión. Adler le había explicado que eso le sucedería, pero no había previsto la virulencia de la sensación.

El grupo de cazadores, que se ha colocado en la cabeza de la partida, vuelve a gritar: «¡Oliver!», «¡Oliver!». De nuevo sin respuesta.

Avanzan a duras penas, con cuidado de no resbalar. El bosque se va cerrando a cada paso y, a medida que suben, a la luz le cuesta colarse entre la vegetación. El ruido de la corriente se vuelve bronco e impide la conversación. De la cabeza a la cola de la expedición se apañan por señas. Incluso si Oliver se hubiera escondido en alguna parte de la ribera, es improbable que llegara escucharlos.

De pronto el alguacil se vuelve y hace gestos con los brazos, para que paren. Luego señala hacia el bosque.

El grupo se detiene y aprovecha para retomar fuerzas. El alguacil y el cazador alto se internan entre los árboles.

A pesar de los chubasqueros y las botas de agua, la lluvia ya les cala por completo el pelo y los antebrazos. No hay ropa que pueda proteger del aguacero.

Cuando los hombres vuelven al sendero, el alguacil niega con la cabeza y dice:

–Falsa alarma, era un jabalí.

Jana, que había albergado esperanza de verlos aparecer con Oliver, siente un peso que cae sobre ella y la atrapa. Caminar se le hace penoso.

Los del pueblo la observan con compasión mientras Adler trata de apartar la mirada. Seguramente teme que ella se derrumbe y, en su agitación, diga algo que escape del guion que han trazado por la mañana, antes de encaminarse al pueblo.

Sus fuerzas apenas alcanzan para respirar y tratar de que el agujero que se ha abierto en su interior no se la trague por completo. El Shori aún corre por su sangre y bloquea su imaginación, atándola al presente. Lo que siente, lo único que se ha sentido desde el momento comprendió que su hijo no estaba, ha sido ese agujero, como si alguien le hubiera hecho un boquete en el vientre.

Cuando J los abandonó, tuvo una sensación parecida: como si una parte de su ser se hubiera desvanecido, pero aquello no fue nada comparado con lo que siente ahora. Adler tiene razón, todo sucede en el cuerpo, el cuerpo que despreciamos sometiéndolo a la comida basura, al sedentarismo, al estrés. Por eso las sesiones con la psicóloga después del divorcio no surtieron ningún efecto. Para ella no existía nada más allá de la mente. Y la mente, a sus ojos, era cuantificable, algo que se podía recalcular, componer, montar y desmontar.

Estaba tan contaminada como los demás. Seguía la única ley de ese mundo tóxico, el único valor: la suma y la acumulación. Todo lo que sucede en el mundo que Jana tanto se ha esforzado por dejar atrás, se somete a esa lógica y se vuelve indistinguible: lo mismo da comprar un perfume que pasar unos días en un hotel rural, lo importante no son las cosas en sí mismas, ni las vivencias, sino que todas ellas se puedan integrar en una operación, la de la suma. El cuerpo, que es sagrado y perfecto, sometido a esa reducción feroz se va marchitando: primero duele, se queja, luego enferma, hasta pudrirse. Eso es lo que Adler les ha enseñado y, desde que entró en La Comunidad, se le antojó como la única verdad que había escuchado en su vida. Le costó entenderlo porque estaba, ella también, muy contaminada, pero en cuanto lo hizo, supo que luchar contra esa plaga era lo único que podía salvarlos a Oliver y a ella. ¿Había llegado tarde? ¿Estaban tal vez Oliver y ella tan podridos que ya no había salvación posible?

El suelo se torna tan resbaladizo que tiene que apoyarse en Adler para poder continuar. Al hacerlo nota el calor que irradia su cuerpo. Eso le proporciona cierto alivio. En las últimas horas solo ha sentido frío, un frío tan intenso como si hubiera sido ella, y no Oliver, quien hubiera estado bajo el aguacero, pasando hambre, atemorizada por los ruidos animales en la noche y el crujir incesante de las ramas.

Su esperanza es que su hijo, que seguramente se ha cobijado en algún recoveco, se decida a salir y grite hasta que los equipos de búsqueda logren dar con él. Pero, con el aguacero, se hace difícil percibir nada, ni siquiera se escucha a los miembros de la partida.

Agudiza el oído cuando alguno se aproxima. Solo ha podido captar algunas frases sueltas del alguacil, que repite que el bosque es traicionero, que el niño puede haber resbalado y haberse golpeado en la cabeza, que podría estar inconsciente. Los cazadores dicen que los lobos andan descontrolados y alguno podía haber atacado al niño, los del pueblo asienten. Los animalistas no dicen mucho, se les nota incómodos.

A Jana le resultan ridículas esas obsesiones con los animales. No son más que creencias infundadas, fruto de una mentalidad primitiva. Adler y Román les han advertido de que la gente de la zona es supersticiosa, de que desconfían de la naturaleza y son muy obcecados. Román lo sabe bien, creció en el pueblo, pero afortunadamente supo desligarse a tiempo. «No conviene mezclarse con ellos», les ha advertido, «son víctimas de otro tipo de contaminación, no tan aguda como la de la ciudad, pero igual de corrosiva».

Ellos también están lejos de la verdad fundamental: «solo existe el cuerpo y el daño infligido». Eso es lo único que habían experimentado Oliver y ella. Adler se lo había repetido muchas veces pero hasta este momento no lo había comprendido del todo. Ahora lo sabe: el cuerpo de los dos, que era uno, había sufrido más allá de lo imaginable. Desequilibrado

y febril como estaba, Oliver no era sino un pedazo de ella, como las pequeñas matrioskas dentro de la matrioska grande, y ahora se ha desprendido y está solo, bajo la lluvia, perdido. Siente que no puede continuar, pero toma aire, como Adler les ha enseñado, y grita el nombre de su hijo.

Los demás la secundan.

Solo la lluvia responde, con su repiqueteo incesante contra el piso, las ramas y los chubasqueros. Se hace el silencio en el grupo. El alguacil indica con gestos que se detengan y enfoquen a los lados del sendero. Poco a poco todos lo rodean a él, que es quien mejor conoce el monte. Adler sujeta a Jana con fuerza y susurra: «Aguanta, lo vamos a encontrar, no te preocupes». Ella se aferra a él y respira. El alguacil se aproxima a los dos agentes de policía. Sopesan qué hacer.

–Señora –dice por fin el ayudante del alcalde–, estamos planteándonos parar aquí la búsqueda.

–No, seguimos –responde Jana.

El alguacil niega con la cabeza:

–Mire, el camino se está poniendo impracticable.

–Seguimos –repite Jana. Su voz retumba contra la pared de helechos y pinos. Su voz llena de fiereza, la voz que le hubiera gustado tener en el pasado, para enfrentarse a J y a la toxicidad que invadía su vida.

El alguacil mira a Adler, como para que él la haga entrar en razón, pero él se limita a sostenerla.

–Mire –vuelve a insistir–, creo que sería más razonable volver. Es posible que las otras partidas hayan tenido más suerte y su hijo ya esté a salvo en el pueblo.

Jana lo mira y niega de nuevo. El alguacil se vuelve hacia los agentes, conversan un momento y se da la orden de continuar.

Están ya a unos diez kilómetros del pueblo y la pendiente se va haciendo más pronunciada. Jana trata de acompasar su respiración, inspirando más lentamente, para soportar el ritmo del ascenso.

Imágenes de otras mujeres, cuyos hijos habían desaparecido, han estado rondándole la mente. El Shori las ha bloqueado por un tiempo, pero ahora son imparables. Recuerda sobre todo a una joven rubia muy flaca cuyas dos hijas habían desaparecido hacía apenas un año. Su rostro suplicando ayuda había invadido los telediarios, los chats, incluso las webs más comerciales pasaban su petición mientras los barcos del ejército y la policía peinaban la costa cercana a su casa y los helicópteros sobrevolaban la zona. A medida que pasaban los días, el rostro de mujer se había ido afilando más y más, hasta que se quedó en puro esqueleto. Al final las niñas habían aparecido en casa de su ex pareja que las había secuestrado y envenado con matarratas. «No», se dice, «nada semejante va a suceder, Oliver aparecerá sano y salvo y todo esto no va a ser más que un mal sueño, el último peldaño hacia nuestra liberación definitiva».

Unos gritos interrumpen sus pensamientos, vienen de la cabeza de la partida. La lluvia sigue cayendo tan intensamente que Adler y ella no son capaces de entender lo que sucede.

Los agentes se dan la vuelta y empiezan a hacer el gesto de que paren. Se detienen.

Se corre la voz de que un animalista ha resbalado, la pendiente por el lado que da al río se ha vuelto pronunciada. Al cabo de unos minutos el alguacil los insta a que se congreguen en el sendero y les explica que uno de los agentes de la cabecera, que se había internado en el bosque, ha sido atacado por un animal.

–Ha sido un lobo, seguro –dice el cazador alto.

–Eso no lo sabemos –zanja uno de los agentes de policía.

El animalista en cuestión está detrás del grupo, lo sujetan dos compañeros, al parecer le han herido en la pierna, no puede sostenerse. Jana susurra a Adler al oído:

–Pero ¿qué está pasando? Creía que aquí no había animales peligrosos, dijiste que eran supersticiones.

–Y lo son, lo son, seguro que solo ha resbalado, de verdad, tranquila.

Jana no sabe qué creer, los acontecimientos de la madrugada van volviendo a su mente, a ráfagas: recuerda ahora el frío que sintió nada más despertar. Se ve totalmente desnuda y destapada sobre las sábanas, pero ¿cómo había llegado a su tienda? Eso todavía no puede recordarlo.

La lluvia arrecia, cae rápida y en ráfagas, la tierra, arcillosa, es casi impracticable.

–¡Hay que volver! –grita el alguacil.

Luego indica a dos del pueblo que releven a los agentes en el auxilio del herido:

–Vosotros –dice dirigiéndose a los cazadores–, que conocéis bien el monte y sabéis dónde se puede pisar.

Los agentes se apartan de mala gana, pero obedecen.

Mientras tanto, el alcalde observa al grupo y, cuando el alguacil le hace el gesto, grita:

–¡Nos volvemos!

Jana se queda clavada en su sitio. La imagen de Oliver, muerto de frío, herido, hambriento, la golpea:

–Yo no me muevo –grita.

–No pueden seguir, el terreno está muy peligroso –interviene el alguacil– y vamos a tener una desgracia. Ustedes se vuelven, me quedo con dos policías y los cazadores, que están experimentados en este tipo de terreno.

–Pero es uno de los nuestros –dice Adler, tratando de mostrar autoridad.

–Lo entendemos –responde el alcalde–, pero el responsable de esta columna de búsqueda soy yo, y no quiero la muerte de nadie sobre mis espaldas, así que me obedecen ustedes y se van de vuelta.

Jana se resiste unos instantes, repite que no se mueve. Los demás la rodean, expectantes.

Adler le susurra:

–Ahora no podemos hacer mucho, deja que se ocupen ellos.

Jana se revuelve, zafándose de su abrazo, y luego el agujero, que se ha ido agrandando en su interior, crece y crece hasta devorarla. Empieza a llorar, Adler la sujeta con fuerza y así, sostenida por su brazo, empiezan el descenso. El aullido de los lobos llega hasta ellos desde las cumbres, su sonido, que había asimilado como uno más de los murmullos del bosque, le corta la respiración.